

□ Tiempo de lectura: 5 min.

San Luis Orione: “Mis años más hermosos fueron los que pasé en el Oratorio Salesiano”.

Un emocionado recuerdo del santo Don Orione.

¿Quién no conoce la canción “Bajar de las colinas, un día lejos con sólo mamá al lado”? Creo que muy pocos, ya que se sigue cantando en decenas de idiomas en más de 100 países de todo el mundo. Igualmente, pocos, sin embargo, creo que conocen el comentario hecho por el anciano don (san) Luis Orione durante la misa (icantada!) del 31 de enero de 1940 por los Orionini de Tortona a las 4.45 de la mañana (exactamente la hora en la que Don Bosco había muerto 52 años antes). He aquí sus palabras precisas (tomadas de fuentes orionitas):

“El himno a Don Bosco que comienza con “Giù dai colli” fue compuesto y musicalizado para la beatificación de Don Bosco. La explicación de la primera estrofa es la siguiente. A la muerte del santo, por el gobierno de la época, a pesar de que todos los jóvenes lo deseaban y todo Turín lo quería, no permitió que Don Bosco, su cuerpo, fuera enterrado en María Auxiliadora y le pareció un gran favor que el querido cuerpo fuera enterrado en Valsalice... ¡una hermosa casa! Así que el cuerpo fue llevado a Valsalice y allí, cada año hasta la beatificación, los alumnos salesianos fueron a visitar al Padre el día de la muerte de Don Bosco, para rezar. Después de que Don Bosco fuera beatificado, su cuerpo fue llevado a María Auxiliadora. Y el verso que cantaron “Hoy, oh Padre, vuelves de nuevo” también recuerda esto. Celebra que Don Bosco vuelva de nuevo entre los jóvenes, desde Valsalice – que está en una colina más allá del Po – a Turín, que está en la llanura”.

Sus recuerdos de aquel día

Don Orione prosiguió: “El Señor me concedió la gracia de estar presente, en 1929, en aquel transporte, que fue un triunfo en medio de Turín en fiesta, en medio de una alegría y un entusiasmo indecibles. Yo también estaba cerca de la carroza triunfal. Todo el trayecto se hizo a pie desde Valsalice hasta el Oratorio. Y conmigo, inmediatamente detrás de la carroza, iba un hombre con camisa roja, un garibaldino; íbamos muy juntos, uno al lado del otro. Era uno de los más antiguos de los primeros alumnos de Don Bosco; cuando se enteró de que el cuerpo de Don Bosco estaba siendo transportado, él también estaba detrás del carro. Y todos

cantaban: “Don Bosco retorna entre los jóvenes todavía”. En aquel transporte todo era alegría; los jóvenes cantaban y los turineses agitaban pañuelos y arrojaban flores. También pasamos por delante del Palacio Real. Recuerdo que en el balcón estaba el Príncipe de Piamonte, rodeado de generales; el carruaje se detuvo un momento y él asintió con la cabeza; los superiores salesianos inclinaron la cabeza, como para agradecerle aquel acto de homenaje a Don Bosco. Entonces el carro llegó hasta María Auxiliadora. Y unos minutos más tarde llegó también el Príncipe, rodeado de miembros de la Casa Real, para rendir un acto de devoción a la nueva Beato”.

“Mis mejores años”

El niño Luis Orione había vivido con Don Bosco tres años, de 1886 a 1889. Los recordaba cuarenta años después en estos conmovedores términos: “Mis mejores años fueron los que pasé en el Oratorio Salesiano”. “¡Oh, si pudiera revivir, aunque sólo fuera unos pocos de aquellos días pasados en el Oratorio, mientras vivía Don Bosco!”. Amaba tanto a Don Bosco que se le había concedido, a modo de excepción, confesarse con él incluso cuando sus fuerzas físicas estaban por los suelos. En la última de estas conversaciones (17 de diciembre de 1887) el santo educador le había confiado: “Siempre seremos amigos”.



Al trasladar el cuerpo de Don Bosco desde Valsalice a la Basílica de María Auxiliadora, vemos a don Luis Orione en roquete blanco junto a la urna

Una amistad total, la suya, por lo que no es de extrañar que poco después Luis, de 15 años, se uniera inmediatamente a la lista de muchachos de Valdocco que ofrecieron sus vidas al Señor para obtener la preservación de la de su amado Padre. El Señor no aceptó su heroica petición, pero “correspondió” a su generosidad con el primer milagro de Don Bosco muerto: al contacto con su cadáver, se le reimplantó y curó el dedo índice de la mano derecha, que el muchacho, zurdo, se había cortado mientras en la cocina preparaba pequeños trozos de pan para colocarlos sobre el cadáver de Don Bosco, expuesto en la iglesia de San Francisco de Sales, para distribuirlos como reliquias entre los numerosos devotos.

Sin embargo, el joven no se hizo salesiano: al contrario, tenía la certeza de que el Señor le llamaba a otra vocación, precisamente después de haber “consultado” con Don Bosco ante su tumba en Valsalice. Y así, la Providencia quiso que hubiera un salesiano menos, pero una Familia religiosa más, la orionina, que irradiara, de formas nuevas y originales, la “impronta” recibida de Don Bosco: el amor al Santísimo Sacramento y a los sacramentos de la confesión y la comunión, la devoción a la Virgen y el amor al Papa y a la Iglesia, el sistema preventivo, la caridad apostólica hacia los jóvenes “pobres y abandonados”, etc.

¿Y Don Rua?

La sincera y profunda amistad de Don Orione con Don Bosco se convirtió entonces en una amistad igualmente sincera y profunda con Don Rua, que continuó hasta la muerte de este último en 1910. De hecho, en cuanto se enteró del empeoramiento de su salud, Don Orione ordenó inmediatamente una novena y corrió a su cabecera. Más tarde recordaría esta última visita con especial emoción: “Cuando cayó enfermo, como yo estaba en Mesina, telegrafíé a Turín para preguntar si aún podría verle con vida si me marchaba inmediatamente. Me dijeron que sí; tomé el tren y partí hacia Turín. Don Rua me recibió, sonriente, y me dio su bendición muy especial para mí y para todos los que vendrían a nuestra Casa. Le aseguro que fue la bendición de un santo”.

Cuando le llegó la noticia de su muerte, envió un telegrama al beato don Felipe Rinaldi: “Antiguo alumno del venerable Don Bosco, me uno a los Salesianos en el duelo por la muerte de don Rua, que fue para mí un padre espiritual inolvidable. Aquí rezamos todos, Sacerdote Orione”. Los Salesianos querían enterrar a Don Rua en Valsalice, junto a la tumba de Don Bosco, pero hubo dificultades por parte de las autoridades de la ciudad. Inmediatamente, con otro telegrama, el 9 de abril, don

Orione ofreció al padre Rinaldi su ayuda: “Si surgieran dificultades para enterrar a Don Rua en Valsalice, por favor, telegráfieme, fácilmente podría ayudarles”. Fue un gran sacrificio para él no poder atravesar Italia de Mesina a Turín para asistir al funeral de don Rua. Pero ahora están todos, Bosco, Rua, Orione, Rinaldi, en el cielo, uno al lado del otro en la única gran familia de Dios.